

LITERATURA FEMENINA:

**La letra  
con sexo  
entra**

**plan**  
POLITICA LATINOAMERICANA NUEVA

REVISTA QUINCENAL DE ANALISIS Y CULTURA

Santiago de Chile - Año VII - N° 85 - Precio E° 15

**¡Exclusivo!**  
**Nuevo plan  
opositor  
para "separar"  
a las FF. AA.  
de S. Allende**

# Jorge Cáceres: el prisma ardiente

HACE algunos años (pues ya de Cáceres se puede hablar de algunos años), hace algunos años vividos, años del sueño y de la poesía, pero también de la acción y de la juventud, yo le explicaba cuánta satisfacción experimentaría —y la escena se abre sobre una especie de naturaleza muerta ideal— si un personaje inmóvil entrara en la relación de un sistema coordinado de objetos sensibles con piel nerviosa, por ejemplo un paraguas, una mesa de operaciones, un reloj despertador, y de la punta de los pies este personaje imitará las evoluciones de un "horla" vuelto visible por la luz negra.

(No será este el momento de reiterar la manera obsesionante que nos caracterizaba para seguir la trayectoria de ese caballero invisible, ese horla, que da la nota alta en una de las novelas de Mauissant).

Toda la escena debería mantenerse en equilibrio, en un sospechoso equilibrio, por un exceso de tensión: un paso no previsto por el metteur en scène (un murciélago gesticulante, en el más puro estilo de Ann Radcliffe) abatiría la existencia toda, como una redoma que se despedaza en el sueño.

La "situación" debería durar tanto como lo requiriera en horla, para no fallar en su ademán, en su intención final.

Entonces (en la fracción de un segundo, en lo que tarda la muerte en producirse, o el sueño en soñarse), los siguientes movimientos deberían ser ejecutados. Primero, el horla —ese ser invisible— se acercaría más y más a la mesa (en la cual el personaje se ha mantenido en la punta de los pies durante las evoluciones de su partenaire).

(Un brevísimo resplandor, como el que despiden la máquina fotográfica en el instante que nadie se mueve, que nadie respira y que nos ponemos en pose, permitiría entrever que todo el "juego" se basaba en un quid pro quo horroroso. Mientras nos imaginábamos que era el uno (el horla) quien giraba en torno del otro (el personaje), para seducirlo, para medusarlo, y encontrar así la mayor impunidad en el momento del ataque, era, por el contrario, el personaje quien sujetaba en pleno la capa de su adversario con el movimiento rectilíneo de sus pies, de la punta de sus pies, esta capa de mágica protección, quien la extendía como un mantel "para poner la mesa", y quien la hacía jugar un papel importante en aquella naturaleza muerta ideal).

El horla se acercaría, repito, y segundo: con un ademán de sabio preocupado por la solución de su problema, tomaría con rapidez su capa —prisionera de la punta de los pies del personaje—, la arrancaría de cuajo de su sitio (como en el ejemplo clásico de la física recreativa), la arrancaría de la mesa y de los pies del personaje en la fracción de un segundo, para hacerla revolotear, en el momento siguiente, por encima de su cabeza.

¡Sólo entonces la música estallaría!  
¡Sólo entonces el público se movería en

sus asientos! ¡Sólo entonces bajaría el telón, para siempre!

Bien entendido, cuando con Jorge Cáceres discutíamos esto que podría considerarse como "un paso en el vacío", no dejaba de maravillarnos lo que el sueño podría brindarnos cuando un horla arrebatara, con un gesto brusco, la sábana de la realidad y, faltos de ese mínimo apoyo, nos precipitáramos en el sueño o en la locura, para siempre.

Todo esto rememorado ahora, porque entonces estábamos en 1938, y Cáceres todavía no se había muerto.

O cuando el horla se acercara a nosotros y con un gesto neto, tajante y veloz tomara el lienzo de la noche por un extremo, y lo hiciera desaparecer (en menos que canta un gallo), y disfrutáramos nosotros los poetas, de ahí para adelante, de un mediodía permanente.

O, cuando el horla se acercara a la ribera, como un paseante banal, y, con el pretexto de hundir sus manos en el agua, tomara el mantel del mar, veloz, tajante y netamente, haciendo desaparecer la superficie del océano frente a las miradas atónitas de los bañistas, todo esto en un segundo (tiene que ser en un segundo), y viéramos hasta el fondo, allí donde mujeres, un poco más altas que las sirenas normales, se extendieran perezosamente en los esqueletos blancos de los galeones naufragados.

O, cuando el horla se acercara a la poesía, o cuando al espejo, o cuando a la casa, o cuando, cuando...

## BRAULIO ARENAS



POETA JORGE CACERES  
Llevó a la Mandrágora el latido de su corazón purísimo.